

Foll.

371.12

1

CARLOS H. PIZZURNO

Jefe de la Dirección de Instrucción Pública de la Nación

LA OBRA DE LOS PRIMEROS NORMALISTAS

— EN LA —

ESCUELA ARGENTINA

EN EL DÍA DEL MAESTRO



— 1923 —

INV 009790

SIG Foll
371.12

LIB 1

LA OBRA DE LOS PRIMEROS NORMALISTAS

EN LA ESCUELA ARGENTINA

Discurso pronunciado en Concepción del Uruguay, en
el banquete ofrecido por el profesorado, con
motivo de cumplirse el cincuentenario
de la fundación de la Escuela
Normal de dicha localidad.



3078

21 de Marzo de 1923

Señor Gobernador:

Señores Ministros:

Señoras, Señoritas y Señores:

El Excmo. Sr. Ministro de Instrucción Pública de la Nación, Dr. Celestino I. Marcó, me ha confiado la honrosa tarea de hacer uso de la palabra y agradecer en su nombre, y en el de los que tenemos el placer de acompañarlo, este acto por muchos conceptos significativo y al cual imprime mayor realce su presencia, la de las más altas autoridades de la Provincia y la de los delegados del profesorado de diversas instituciones escolares del país.

No se me oculta lo difícil de mi situación. La afronto, no obstante, complacido, en homenaje al acontecimiento que justamente celebramos, confiado en que sabréis disculparme si el valor de mi palabra no corresponde, como fuera de esperar, a la distinción merecida.

Antes de entrar al tema motivo de estas líneas, séame permitido saludar a los colegas del personal docente de Entre Ríos, tan dignamente representado aquí, y ofrecerles el tributo de mi adhesión, no sólo como funcionario de la instrucción pública sino, principalmente, como normalista y compañero que lucha por la misma causa.

Señores:

Quiero referirme, rápida y sencillamente, a la acción de los primeros normalistas egresados de esta meritoria escuela del Uruguay, así como de la de Paraná, de las dos de la Capital Federal y de la antigua de Tucumán.

Como sabéis, la enseñanza era entonces, en todas partes, esencialmente rutinaria y memorista. Se tomaban «lecciones» aprendidas en los libros. El castigo corporal era un medio de corrección frecuente y se traducía en niños puestos de rodillas, no bien tratados de palabra, y a menudo sometidos a los plantones, no desaparecidos acaso aún definitivamente.

Las «lecciones de cosas» o educación intuitiva, con un propósito no de instrucción concreta sino de desarrollo mental, no existían; tampoco formaban parte del programa, o aparecían tímidamente en una que otra escuela, el estudio de los animales, las plantas y los minerales; menos todavía las sencillas nociones de física y química, ciencias cuyo solo nombre hubiera sorprendido a la inmensa mayoría de los maestros primarios de entonces, como les habrían parecido asuntos de escuela superior la geometría, las nociones de geografía astronómica y las de historia general. En cambio, se enseñaban definiciones y reglas gramaticales, sin perdonar los casos de la declinación. Esto no excluye, sin embargo, el mérito y la acción fecunda, sobre todo del punto

de vista moral, de muchos maestros que no eran normalistas ni sabían pedagogía, pero que si bien sólo enseñaban a leer, escribir y contar por métodos vetustos y aburridores, hicieron mucho bien, acaso mayor bien que no pocos de los normalistas actuales, ahitos de psicología, porque aquellos viejos con gorras de borla solían enseñar la tenacidad para el trabajo y el respeto por las reglas de la moral, valiéndose del más seguro de los métodos: el del ejemplo invariable de la propia conducta.

Y vinieron los primeros normalistas egresados de las escuelas referidas, henchidos de la fe y del entusiasmo que les supieron infundir sus directores y profesores, los cuales tomaban muy en serio sus funciones, con el sentimiento exacto de su responsabilidad y de la trascendencia de la misión del maestro, y quienes lograban despertar en aquéllos verdadero fervor profesional.

A veces hasta exageraron, los normalistas, la importancia de su influencia, creyéndose los mejores apóstoles de la regeneración social. Pero, bien haya de ese entusiasmo, al fin sincero y noblemente inspirado, que si pudo rayar en extremos inofensivos, en la mayoría de los casos sacudió el espíritu público, elevando el concepto de la escuela. Esta entraba, gracias a ellos, por la senda de una educación más racional y más completa, encarando conscientemente el doble fin instructivo y educativo de la enseñanza, integral, armónica, y que tiene en vista no sólo el bien del individuo en sí mismo, sino también el de la sociedad, de la cual es una célula íntima-

mente vinculada a las demás en una solidaridad de intereses concurrentes a un propósito único: la mayor felicidad personal y colectiva.

Y se transformaron los métodos y procedimientos desnudos y fríos; se poblaron las aulas de cuadros y objetos que el Estado adquiría y, lo que es mejor, que los propios alumnos coleccionaban para ejercitar con ellos sus sentidos, buscar sobre las cosas mismas el conocimiento concreto necesario, cultivar la razón, aprendiendo a no pagarse de palabras vacías, sino a ver en ellas el símbolo de ideas claras bien asimiladas.

Y llegaron el método de palabras generadoras en la lectura; los problemas prácticos y razonados y el cálculo mental en la aritmética; ~~y~~ las ilustraciones geográficas y las mediciones sobre el terreno; las figuras y los sólidos geométricos contruidos por los alumnos; el dibujo del natural y considerado como un lenguaje; los juegos al aire libre, reemplazando a la vieja y antipática gimnasia con aparatos o a pie firme; y muchas otras cosas que todos conocéis, inclusive el canto diario, poblando de notas placenteras el patio de la escuela, al entrar y al salir de clase, y despertando por doquier, actividad y contento.

Empezaron a desaparecer los «cuadernos de penitencias», y se acabaron los llantos y las «rabonas». La asistencia y la puntualidad mejoraron, porque los atractivos y la alegría de la escuela fueron mayores, mucho mayores que los de la calle, el río o la arboleda inmediata.

No continúo el cuadro, Señores; no es necesario y debo ser breve.

Esa fué la obra iniciada por los maestros egresados de la Escuela del Uruguay, y de las que juntamente con ella produjeron los primeros normalistas.

Los beneficios que la cultura general y el progreso material del país les debe, son de aquéllos de los cuales no puede hacerse estadística, pero no por eso menos ciertos y considerables.

En esas primeras escuelas normales actuaron directores y profesores que fueron, como regla, hombres y mujeres dotados de saber y aptitudes didácticas suficientes, y, lo que vale tanto o más, que tuvieron el concepto claro de su misión y de los deberes que ella impone. Esos Directores se llamaron Stearns y José M^a. Torres en Paraná; van Gelderen, Miss Caprile y Máxima Lupo, en Buenos Aires; Groussac en Tucumán, la Señora Clementina C. de Alió en esta Escuela, y el grupo de norteamericanas traídas por Sarmiento y que difundieron por todo el país las mejores prácticas pedagógicas.

Unos y otros fueron secundados o sustituidos, poco después, por sus propios discípulos, formados en ambiente tan propicio.

Y esa obra continuó, y no sabría decir que se ha interrumpido totalmente; pero sí, puede afirmarse, en justicia, que no avanza en la misma forma ni con igual eficacia. ¿Por qué?

Porque — y esta es, Señores, una impresión personal — porque elementos extraños a la enseñanza, que no actuaban en la primera época, entraron en la escuela perturbando su normal funcionamiento y alejándola, en algún modo, de sus fines esenciales.

En ciertos momentos se fundaron escuelas con exceso, sin que su creación respondiera a necesidades reales y sin cuidar lo fundamental y decisivo para el éxito: la selección del personal directivo y docente, en la medida que lo exigen la naturaleza y misión propias de la escuela normal.

Y los resultados fueron un tanto inciertos, los productos un tanto desiguales.

Pero, Señores, estamos en plena fiesta, y fuera de mal gusto recordar desvíos que duelen al patriotismo.

Afirmemos, por el contrario, bien alto, esta verdad halagadora: que fuera lo que fuese lo ocurrido hasta ayer, si errores hubo, de ello nos estamos dando cuenta y nos preparamos a repararlos.

Todos conocéis ya, en sus líneas generales, la orientación que el actual P. E. piensa imprimir a la reforma educacional, cuyas características han sido tan claramente expuestas por el Señor Sub-Secretario del Ministerio en su discurso de ayer.

El concurso de todos es menester. La obra es difícil y lenta por su naturaleza y porque ha de chocarse contra múltiples intereses creados, en gran parte respetables; pero si la opinión pública y la adhesión de los más capaces acompaña a los gobernantes que con firmeza y visión clara la acometan, la reacción más saludable no tardará en producirse. Reanudaremos el avance en pos de la enseñanza cada día más racional, más ajustada a los intereses del país y a los ideales que hoy preocupan a los más grandes y sinceros estadistas y educadores de todos los pueblos.

Habilitaremos maestros y organizaremos cada día mejores escuelas que preparen realmente para la vida; la enseñanza tendrá presente la frase consagrada de Montaigne; « mentes bien formadas, antes que muy llenas »; daremos una instrucción útil y sólida, aunque mucho menos extensa y, por lo mismo, menos deleznable que la actual.

Por sobre todas las cosas, cuidaremos en el niño, sano y fuerte, la educación manual y moral, el carácter, la voluntad, el amor al trabajo, el respeto a la verdad, el culto a la justicia; y de tal manera que sobre la base del más intenso y sincero patriotismo, enseñaremos la tolerancia y la solidaridad humanas, acercando, cada día más, a los hombres de cada nación y a las naciones entre sí, a la práctica del secular precepto, hoy tan espantosamente olvidado en el mundo y que dice: « Amaos los unos a los otros ».

Señores:

Levanto mi copa evocando los nombres respetados de Nicolás Avellaneda y Onésimo Leguizamón, — Presidente y Ministro de la Nación que subscribieron el decreto nacionalizando la Escuela Normal de Concepción del Uruguay —, y formulo mis votos por que ésta mantenga por siempre incólumes sus tradicionales prestigios de casa de orden, de trabajo y de bien. — *He dicho.*

EN EL DÍA DEL MAESTRO

PALABRAS PRONUNCIADAS EN EL TEATRO DE CHIVILCOY
EN REPRESENTACIÓN DEL EXCMO. SEÑOR MINISTRO
DE JUSTICIA E INSTRUCCIÓN PÚBLICA,
DR. CELESTINO I. MARCÓ.



11 de Septiembre de 1923

Señoras: Señores:

Estudiantes:

Me ha tocado el grato encargo — conferido por el Excmo. Señor Ministro de Instrucción Pública, Dr. Celestino I. Marcó — de representarlo en este simpático homenaje que tributáis « al maestro » y simultáneamente a la memoria del que lo fuera en la más amplia significación del vocablo; de aquel gran espíritu cuyo solo nombre evoca toda una época de nuestra historia. y cuya acción, múltiple y fecunda, es para nosotros los educadores fuente inagotable de enseñanzas y de saludables inspiraciones.

No vengo a distraeros con un discurso doctrinario, que fuera quizá inoportuno, si no innecesario.

Traigo para vosotros los organizadores de estos actos patrióticos; para vosotros los miembros todos del personal docente, nacional, provincial y particular; para la promisoría juventud estudiosa y para cuantos contribuís con vuestra concurrencia a dar realce y trascendencia al homenaje, traigo, repito, el saludo auspicioso y la palabra de aplauso del Excmo. Señor Ministro, que ve con señalada complacencia cómo y con qué elevadas miras sabéis dignificar vuestra misión civilizadora, celebrando, en la persona de dos honorables y destacadas maestras de larga consagra-

ción, la obra silenciosa, grande y ennoblecedora de quienes sirven a la patria iluminando mentes y sembrando sanos ideales de trabajo y de bien.

Os ruego que también me permitáis ofreceros mi modesta adhesión personal, mi palabra de congratulación y de estímulo, no como funcionario del Ministerio, pero sí como ya viejo maestro, como viejo soldado de la misma causa, a la que llevo consagrada más de la mitad de mi modesta existencia.

Y creed que me resulta particularmente grata la representación que me ha sido encomendada, porque guarda para mí, Chivilcoy, recuerdos imborrables de mi juventud, dulces atracciones de amistosos afectos y — ¿por qué no decirlo también? — porque vió aquí la luz primera y dió sus primeros pasos la que es hoy mi compañera del hogar, la cariñosa madre de mis hijos....

Discúlpeme ella y perdonadme vosotros esta incontinente, íntima expansión....

Señores:

Ninguna fecha mejor que la de hoy, en que de un extremo al otro de la República el nombre de Sarmiento salta a los labios de argentinos y extranjeros, ha podido elegirse para consagrarla a dignificar la obra de los maestros. Porque a ningún otro nombre con más títulos que al suyo podía asociarse tan significativo homenaje; porque desde su infancia, casi, hasta sus últimos días, adonde fuera o estuvie-

se, llevó en sus manos o palpitó en sus labios y en su mente, como arma de redención *el libro*, y por doquiera abrió rutas buscando luz, y esparció escuelas en su lucha incesante de obrero infatigable de la instrucción popular; porque fué gran sembrador de ideas y porque — como él mismo lo dijera al conferirse el grado de doctor por la Universidad de Michigan — había sido durante su vida « maestro de escuela », y cualquiera que fuera el puesto que ocupase, hasta el más encumbrado, seguiría siendo siempre principalmente « maestro de escuela ».

No puedo, señores, en el aniversario de su muerte, apartar de mi mente el recuerdo de aquel ya lejano día de 1888 en que fueron sepultados en Buenos Aires sus sagrados despojos. Era yo estudiante normal.

Se agitan aún en mi espíritu las sensaciones de aquellas horas inolvidables! Bajo una lluvia torrencial con que, cual copioso llanto, la naturaleza se asociaba al duelo, los alumnos de todas las escuelas y colegios desfilamos por las calles detrás de su féretro, que las damas desde los balcones y azoteas cubrían de flores. Cumplíamos orgullosa e impasiblemente un deber ineludible, y si algún sacrificio había en ello, él era bien pequeño comparado con la deuda contraída, porque « considerábamos que nos afectaba, antes que a nadie, a los estudiantes, aquel duelo de la Nación ».

¿Qué menos, pues, que los maestros y los escolares glorifiquemos a Sarmiento?

Y ya que la Escuela Normal de esta ciudad, a

la que tan ligado está su nombre, ha erigido esta mañana en la misma un busto al gran maestro, como efigie tutelar que guíe e inspire a profesores y alumnos en su acción cultural, que su espíritu superior los ilumine, y puedan los educadores de hoy, sugestionados por la mirada penetrante de aquel genio, señalar con acierto la senda que conduce al éxito, a los que deban ejercer más tarde el noble apostolado.

No hay duda de que la obra que toca realizar a los actuales obreros de la enseñanza es ardua y no exenta de sacrificios. Si Sarmiento hubo de desenvolver sus actividades de maestro en época difícil, llena de sombras, en lucha titánica contra viejos prejuicios y añejas prácticas; si a pesar de todas las dificultades logró con esfuerzo insuperado desgarrar el velo de ignorancia que se extendía sobre la nación, y pudo, gracias a él, señalar el camino a sus sucesores para llegar al alto grado que alcanzó la cultura nacional, no nos vanagloriemos demasiado, porque no pocas conquistas ya obtenidas en materia escolar, de la más fundamental importancia, han sido en parte olvidadas, y otras desviadas de sus fines. Algunas virtudes que hacían eficaz la obra del maestro de otros días han perdido en fuerza o han sido reemplazadas por aspiraciones de un orden menos superior, menos idealista, y por ende menos fecundo del punto de vista moral y práctico, sobre todo.

Simultáneamente con los muchos progresos alcanzados en los métodos y procedimientos didácticos, han ido debilitándose algunas características de las que formaban el alma sana y fuerte de aquellos vie-

jos maestros del plantón y de la palmeta, que no obstante sus limitados conocimientos pedagógicos hicieron mucho bien a la sociedad en que actuaron, porque — como en otra oportunidad lo he dicho — aquellos viejos con gorra de borla solían enseñar la tenacidad para el trabajo, y el respeto por las reglas de la moral, valiéndose del más seguro de los métodos: el del ejemplo invariable de la propia conducta; muchos de esos maestros enseñaban a no pagarse sólo de palabras, de ignorado sentido, sino a ver en ellas la representación de ideas definidas, bien comprendidas; lo hacían por métodos rutinarios, si se quiere, pero enseñaban al fin con invariable afán a ejercitar la razón y a buscar la solución de las dificultades en el propio esfuerzo. Cultivaban quizá más que hoy la voluntad, y, con la cooperación de la familia, formaban caracteres firmes, espíritus perseverantes, disciplinados, llenos de altruismo, de fe, de anhelos desinteresados y de un profundo amor a la verdad.

Bajo algunos de esos aspectos es actualmente necesario reaccionar. Es preciso un poco del espíritu de Sarmiento que estimule la acción del profesorado en el sentido, no de nutrir sólo la mente de los alumnos con más o menos conocimientos teóricos, fáciles de adquirir, sino principalmente de formar un alma hecha para las más altas idealidades, sin excesiva sumisión a los preceptos pedagógicos, que son normas generales, pero sí con mucho espíritu de observación y de iniciativa propia.

No desconozco que dificultan la tarea del presente múltiples factores que no nos son imputables,

que nos vienen de afuera y que afectan a la faz moral de la educación.

Por eso mismo, pienso que es necesario aunar los esfuerzos para contrarrestar esa malsana invasión externa y para avivar en el alma de nuestras niñas y de nuestros jóvenes aquellos sentimientos y aquellas virtudes amenazados.

Como lo dijera el ilustre fundador de la Escuela Normal de Chivilcoy, el ex-ministro Dr. Joaquín V. González, «que cada maestro sea un soberano en tierra conquistada por su propio saber, que trabajando con los demás en una orientación común social, moral y científica, darán por fin el producto definitivo, homogéneo de la patria, étnica, intelectual y económicamente considerada; que haya concurrencia de energías en busca de un progreso mayor, en vez de la rivalidad personal, que sólo conduce a anular a aquellas en lugar de combinarlas y utilizarlas; y a ese fin conducirá la transformación de las casas de estudios en hogares intelectuales, santuarios íntimos de anhelos supremos, donde la comunidad del culto engendre el amor fraternal de todos los miembros de la misma profesión, alimentados por nobles entusiasmos y pasiones de los que exploran los mismos campos vírgenes, o ascienden las mismas altas montañas».

Pero disculpadme. Pensé no entrar en consideraciones doctrinarias y he caído, no obstante, en ellas, impulsado por la incurable tendencia del «magister».

Y colocado ya en este terreno, dejad que también a vosotros se dirija particularmente mi palabra, jóvenes estudiantes.

Un filósofo alemán ha dicho: «La vida tiene una significación; nuestra alma es eternamente valiosa siempre que ayudemos a erigir y a realizar, mediante nuestras acciones intelectuales y corporales, los ideales de verdad y belleza, de progreso y moralidad, de felicidad y amor».

Esa máxima resume todo un sano programa de vida. Meditadla!

Os incito a que reflexionéis seriamente sobre los deberes que hoy os corresponde cumplir como estudiantes, pensando que seréis mañana madres, unas, y ciudadanos, otros.

Como argentino y como maestro, os incito igualmente a que os unáis, con el corazón y con el pensamiento, a cuantos noblemente aspiren, con amor y con desinterés, al progreso y a la felicidad de la patria.

Que sea vuestra constante preocupación cuidar con dignidad la sagrada herencia recibida de los fundadores de nuestra nacionalidad: vuestro nombre, vuestra suerte y vuestro honor de argentinos, van ligados a la veneración y al respeto que todos debemos a los emblemas de la Nación, símbolos de lealtad, de grandeza, de libertad, de fraternidad y de tolerancia.

Contribuiréis a ello si marcháis adelante, fija la mirada en altos ideales de bien general, considerando que si en la lucha por la vida no a todos esperan apreciables beneficios materiales, en cambio no pocos cosechan dulces y saludables compensaciones morales, más valiosas que aquéllos, si saben ocupar

honestamente su lugar en el medio social donde les toca actuar.

Confiad en vuestras fuerzas, sin abrigar pesimismo ni prejuicios engendradores de vacilaciones no siempre justificadas. Practicad la verdad y predicadla, en hechos, en palabras y en pensamiento. Difundid en torno vuestro alegría y mutua confianza, y sed pertinaces en el propósito de contribuir a la cultura y a la felicidad colectivas, procurándoos, con empeño inquebrantable, la propia ilustración y el propio bienestar.

Señoras y Señores :

Para terminar, permitidme que al nombre de las señoritas Luisa y Elena Henry, en quienes se ha personificado tan justicieramente el « homenaje al maestro », una yo el de otro gran espíritu que también fué eximio educador, arrebatado a la vida hace ya muchos años, pero que vive latente en el recuerdo de cuantos fueron sus discípulos y amigos; de aquél noble corazón que fuera inspirado poeta, orador vibrante, escritor galano, y filósofo; de aquél que simboliza en esta fiesta a todos los maestros muertos y que se destacaron en Chivilcoy por su ilustración; del que se llamara Manuel López Lorenzo y en cuyo homenaje pido os pongáis respetuosamente de pie. — *He dicho.*
